

Categorías en tránsito

EDUARDO A. BOHORQUEZ

Asentados los argumentos, el debate continúa en marcha. Entre los críticos y los defensores del fruto *iluminista* se mantiene un diálogo amplio y enriquecedor que, sin embargo, no sustituye el aspecto central del dilema: cuando el uso de las grandes categorías atiende sólo su sentido político, consigue hacer menos por aquel viejo binomio propuesto por Manheim como fundamento del conocimiento social: entender y explicar.

Los instrumentos del fin de milenio

Cuando en la primera mitad de la década de los años setenta un grupo de filósofos europeos definió el devenir de la modernidad como parte de una *condición* diferente, posmoderna, detonaron con ello un extenso debate sobre la viabilidad del racionalismo exacerbado, las virtudes de la innovación *per se* y lo que tal vez constituye uno de los mayores esfuerzos críticos del movimiento: la ofensiva contra los llamados *metarrelatos*. En su revisión sobre la actitud cognoscitiva de la modernidad, esos pensadores pusieron en entredicho los destinos históricos claros y, en general, la existencia de grandes categorías explicativas. Estas, subrayaban en sus textos, contenían una serie de connotaciones *legitimantes*, poco útiles para entender las nuevas realidades sociales, pero extremadamente provechosas como sostén para los rumbos propuestos por los ingenieros de la sociedad moderna.

En el contexto de esta crítica, los teóricos de la modernidad —de Jules Michelet a Jürgen Habermas— esbozaron conceptos (*democracia, pueblo, igualdad, soberanía o solidaridad*) como fundamento de un discurso que busca justificar la existencia del proyecto "modernizante" y a sus actores específicos; un entramado explicatorio de la modernidad que favorezca su continuidad y carácter estable. Los interlocutores del pensamiento *moderno* resaltaron las consecuencias que tenía justificar y promover todo aquello realizado en nombre de estos conceptos, incluidos sus contraproducidos: ¿Quién se atrevería a descalificar los eventos realizados en el más puro espíritu de las virtudes democráticas? ¿Quién renunciaría al uso de esa figura homogénea y noble llamada "pueblo"? ¿Cómo negar que aunque en el papel la soberanía depende de éste último, en la práctica depende de otros factores de poder? El uso de estos *metarrelatos*, concluían, no había garantizado la obtención del estadio social anunciado, pero tampoco el respaldo de aquellas prácticas cotidianas de menor renombre y mayor urgencia que reconocían las "debilidades históricas" del hombre.

Por su parte, el argumento moderno resaltaba los beneficios de las revoluciones sociales, los cambios en los estilos de vida, las útiles diferencias que había producido la democratización de las formas de gobierno del siglo XVII y los años subsecuentes. En su lectura, el carácter *legitimante* de los conceptos podía ser una debilidad del proyecto, pero aún asumiendo todas sus limitaciones, con estos mismos instrumentos se había dado vida a nuevos tipos de sociedad e, incluso, al surgimiento de la crítica "neoconservadora". La crítica de su propio discurso daba lugar, diría Giddens, al "carácter reflexivo de la

modernidad". El proyecto racionalista cumplía con la posibilidad de ser llevado hasta sus propias y drásticas consecuencias prácticas y teóricas.

Dicen los enterados que cuando George Bush lanzó al terreno del espectáculo político la expresión "nuevo orden mundial" difícilmente sabía en qué estaba pensando. Pero la inocencia no detuvo los ejércitos de *scholars* que buscaron definir —calculadora u ordenador en mano— los nuevos límites nacionales, los equilibrios estratégicos, las modificaciones en los sistemas de valores, los fundamentos de la nueva hegemonía militar. En su visión, establecer y utilizar un "nuevo orden" resultaba más o menos posible. Se trataba de formular un "nuevo" modelo del mundo recuperando buena parte de las tradiciones conceptuales del presente siglo.

Una vez más, las categorías de una generación —nacida y educada entre las dos grandes guerras— se imponían a una realidad obstinada en salirse de la caseta conceptual de orden o equilibrios perfectos. Por encima de la hegemonía militar y política norteamericanas, sobresalen Bosnia, Chechenia, Ruanda, la catástrofe financiera de México, el París de diciembre del 95, el regreso "rojo" en Polonia o Rusia, pero también lo que podríamos llamar "guerras civiles de baja intensidad": los disturbios raciales en Los Angeles, las continuas manifestaciones estudiantiles en el cono sur del continente americano, las "bajas" civiles en los frentes políticos regionales de México. Aun sin sostener una visión apocalíptica de la actualidad global, parece razonable suponer que aquellos esporádicos "brotes de violencia", se han convertido en una constante social imposible de retratar con la cámara omnipresente de CNN.

Al encarar las tensiones del fin de milenio, el "nuevo orden mundial" propuesto durante la administración Bush parece un recurso analítico rebasado, jocoso. Tras evaluar su curso histórico es urgente preguntarnos con seriedad si nuestras grandes categorías explicativas no empiezan a lucir igual. El reiterado compromiso con la globalización, con el fantástico mundo digitalizado en multimedia, con la carrera tecnológica, podrían convertirse en herramientas vistosas pero trucas, poco útiles para diagnosticar los microconflictos —igualmente violentos que las masacres civilizacionales, pero no al grado de ser reconocidos a través de los medios de comunicación—, las numerosas acciones transestatales, la "carrera armamentista" dentro de municipios y pequeñas localidades, la coexistencia de mundos "hipervirtuales" e "hiperreales".

Mucho más que un nuevo conjunto de términos, ampliamente relacionados con la cibernética, como pueden ser los *hackers* (verdaderos piratas digitales) o el *surfing virtual* (una visita a las redes por computadora), la magnitud y complejidad de los problemas sociales y económicos de fin de siglo sugieren una nueva actitud cognoscitiva. Es altamente probable que los investigadores tengan que asumir

la naturaleza caótica de buena parte de las relaciones sociales; la fragilidad y sentido efímero de los acuerdos públicos formulados mediante políticas de gobierno; cierta obsolescencia en el principal actor conocido en los últimos siglos, el Estado-nación; la imprecisión en el uso del concepto de globalidad; la agudización de los conflictos sociales en las regiones o pequeñas comunidades; los amplísimos vínculos entre el narcotráfico y la vida cotidiana de cientos de zonas urbanas a lo largo de un número generoso de países; en síntesis, la coexistencia de problemas que la planeación nacional o regional no pueden resolver correctamente. En este sentido, si la federalización suena convincente en el discurso político, la urgencia de equilibrios entre las distintas visiones, nacional, regional y local, podría ser difícil de asentar.

Un aspecto de los próximos años que merece ser detallado lo constituye la idea de "normalidad". Este concepto, acuñado en su sentido cotidiano —según Ian Hacking— en 1820, connota una serie de valores relacionados con la estabilidad y los rumbos históricos relativamente claros. Desde su origen, relacionado con el mundo biológico, "normalidad" es la búsqueda de la homeostásis, una intención por distinguir lo válido de lo extraño, del fenómeno. Lo anormal, por consecuencia, es algo mal visto, definitivamente "monstruoso" (en el sentido de "raro"), a lo que no podemos acostumbrarnos. Es sólo la frecuencia de lo anormal lo que puede quitarle ese carácter y ofrecerle cierto grado de normalidad. Por eso hoy, al incrementarse las expresiones anormales y convertirse en prácticas cotidianas, la pretensión normalizadora podría estar desfasada. Las distintas ideas del mundo tendrán que ir aceptando la rigidez en el uso y búsqueda de la normalidad. Suponer una sociedad ordenada, positiva en su sentido filosófico, podría ser cada vez más extraño y, subsecuentemente, insatisfactorio, tanto con fines analíticos como dentro de la vida cotidiana. Los próximos años, en apariencia inestables, requerirán un esfuerzo extra para distinguir lo normal de lo inusual y, en un sentido más amplio, para reconocer qué cambios deben procurarse.

Problemas nuevos, actitudes nuevas

No parece haber reglas universales para el conocimiento. La existencia de tendencias y fenómenos real o aparentemente nuevos no lo permiten. El reconocimiento de la complejidad de los problemas ha de conducir a situaciones antagónicas, problemas sin pies ni cabeza, a la sensación de enfrentar un ambiente de mareo o de callejones sin salida. Los grandes *metarrelatos* no resuelven la tensión sistemática de nuestras sociedades. No resulta ni sencillo ni lógico proponer democracia para todo problema social. Tampoco creer que la sabiduría popular o la tecnocracia ultraracionalista cuentan con todas las respuestas. Tal vez tendremos que aprender a vivir con una idea de ciencia social como mecanismo para plantear dilemas; pero también con una sociedad llena de dificultades permanentes, antiutópica, que necesita replantearse en sus diferentes dimensiones, dibujando una imagen del futuro necesariamente conflictiva pero no catastrófica. No será *Oz* ni *Mad Max*. Lejos del sistema copernicano o la maquinaria de reloj suizo, las sociedades futuras reflejarán el equilibrio imperfecto de la vida humana